LA VALLA

AHORA, en aquel solar, se alzan cuatro edificios.

No hace muchos años era nuestro. Sí, de los tres hermanos. Lo heredamos del abuelo cuando apenas rozábamos la mayoría de edad. El abuelo tenía solares esparcidos por toda la capital. No le rentaban nada, por supuesto, y le acarreaban un sinnúmero de disgustos, pero él iba comprando.

—¿Por qué, abuelo?

—Aquí pasará el "metro". Veréis lo que vale este solar dentro de veinte años.

Al abuelo no le importaban las rentas ni los años. El iba viviendo como si tuviera el secreto de la inmortalidad. Los solares le daban disgustos—ya lo he dicho—y vida.

—La valla de la calle de Aragón ha sido otra vez derruída.

Y renegaba. La valla de tal o cual solar se caía por vejez, por tormentas o por chiquillos. Reconstruirla era un gasto añadido a los impuestos del Municipio.

—Pero dentro de veinte años aquí se alzará un Banco, y entonces...

El abuelo, dentro de él, veía todos sus solares construídos.

Cuando murió, a nosotros tres nos tocó el de la barraca.

Fué el que menos cuidados produjo al abuelo. Allí se albergaba un viejo. La barraca la construyó él mismo en pocos días. Cuando el abuelo se dió cuenta ya no le pudo desalojar. Creo que por nada del mundo lo hubiera hecho. El viejo construyó su casa con cierta gracia. Era del Sur. Del techo pendía un candil, y colgando de una cuerda, el botijo.

—Para no agacharme, los riñones...

El botijo penduleaba a la altura de la boca, y mi abuelo bebió de él.

Quizá por eso, el viejo quedó admitido como inquilino único y provisional. La valla de aquel solar iba a su cargo. Cuando los chi-

quillos la tiraban al suelo, rabiaba, les chillaba y luego empezaba a reconstruirla.

—Tendré que buscarme un viejo para cada solar—decía el abuelo.

La familia le decía que no. Sería un problema para el día de mañana, cuando el solar se edificara.

—Por ahora, el problema es el de las vallas. Con el viejo lo tengo resuelto.

Hasta que heredamos.

Mis dos hermanos fueron a verle. Intentaron convencer al viejo que debía abandonar la barraca.

—Esto es un indiviso y vamos a vender el solar.

El les miró.

—Véndanlo. Yo me quedaré a guardar la valla.

—Se trata de una inmobiliaria. La valla... ya no hará falta. Van a construir cuatro edificios de seis plantas. Si quiere, veremos de encontrarle un asilo.

No quería. Habló a mis hermanos de libertad. De cielo. De noches y amaneceres. Mis dos hermanos eran tan jóvenes como yo. No comprendieron nada. Teníamos que deshacernos del viejo a la fuerza. El hombre era un problema.

—Quizá dándole una indemnización... Quizá pagándole un billete de tren hasta su tierra... Quizá...

El hombre aceptó. Respiramos. Se le compró el billete y parece que sonrió satisfecho. Días después, aún estaba en el solar. Reparaba un paraguas. Feliz.

—Pero ¿no se ha marchado? ¿Qué ha hecho con el billete?

—Un paisano más necesitado que yo. Estoy bien, señoritos. Estoy muy bien en mi casita.

La venta se nos escapaba de las manos por culpa del hombre de la barraca. Mi hermano razonó:

—Esto es un indiviso, ¿comprende?

—No. Esto ha sido mi casa y mi jardín durante todos los años que vivió el abuelo. El venía a verme, bebía en mi botijo y no me decía nunca palabras raras. Estaba contento porque la valla se mantenía en pie.

—Ahora es distinto. Hemos decidido vender el terreno. Le daremos otra cantidad. Le compraremos otro billete.

Bueno.

Antes consultamos con el abogado. El hombre debía partir sin violencia, por voluntad propia. Una vez fuera del solar, se rociaría la

barraca con gasolina para no dejar rastro. El problema quedaba resuelto.

Mis hermanos lo acompañaron a la estación. Lo dejaron sentado en un compartimento de tercera. Regresaron al solar para ver cumplido el consejo del abogado. La barraca no existía. Leños que humeaban un poco. Tierra ennegrecida por el fuego. Nada.

Se volvieron. El viejo estaba allí. Petrificado. Los ojos llenos de lágrimas. No creía, no podía creer. Miraba atontado lo que fué su casa.

No dijo nada. Mis hermanos callaron. Desapareció calle abajo. Quizá tomó un tren. No lo sabemos.



CARMEN KURTZ